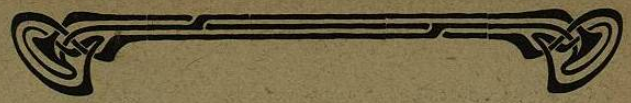
nalmente, y luego la baronesa bajó al andén, rodeándose de sus amigas.

El marido cerró bruscamente la portezuela, de sobra emocionado para decir una palabra ni para tomar una resolución. Oía la voz de su mujer y las alegres risas que se alejaban.

Jamás volvió á verla.

¿Por qué le dijo aquello? ¿Era verdad? ¿Era un engaño? Lo ignoró siempre.



SUICIDAS

No pasa un día sin que aparezca en los periódicos la relación de algún suceso como éste:

«Anoche, los vecinos de la casa núm..., de la »calle ..., oyeron dos ó tres detonaciones, y, salien»do á la escalera para saber lo que ocurría, entre »todos pudieron comprobar que se habían produ»cido en el cuarto del señor X... Al abrir la puerta »de dicho cuarto—después de llamar inútilmente— »vieron al inquilino tendido en el suelo, sobre un »charco de sangre, y empuñando aún el revólver »con el cual se había ocasionado la muerte.

»Se ignora la causa de tan funesta determina»ción, porque vivía el señor X en posición desaho»gada, y, teniendo ya cincuenta y siete años, dis»frutaba de bastante salud.»

¿Qué angustiosos tormentos, qué lesiones del corazon, qué ocultas desdichas, qué horribles desencantos convierten á esas personas, al parecer felices, en suicidas?

Indagamos, presumimos al punto dramas pasionales, misterios del amor, desastres de intereses, y como no se descubre jamás una causa precisa, cubrimos con una palabra esas muertes inexplicables:

—Misterio; misterio.

Una carta escrita poco antes de morir por uno de los muchos que «se suicidan sin motivo», cayó en mi poder. La juzgo interesante. No descubre ningún derrumbamiento, ninguna miseria espantosa, nada extraordinario de lo que se busca siempre para justificar una catástrofe; pero pone de relieve la sucesión de pequeños desencantos que desorganizan fatalmente la existencia solitaria de un hombre que ha perdido todas las ilusiones, y acaso explique —á los nerviosos y á los sensitivos, al menos—la tragedia inexplicable de «suicidios inmotivados».

Leámosla:

«Son las doce de la noche. Cuando haya escrito esta carta, voy á matarme. ¿Por qué? Trato de razonar mi determinación, para darme cuenta yo mismo de que se impone fatalmente, de que no debo aplazarla.

»Mis padres eran gentes muy sencillas y crédulas. Yo creí en todo, como ellos.

»Mi engaño duró mucho. Hace poco, se desgarraron para mí los últimos jirones que me velaban la verdad; pero hace ya bastantes años que todos los acontecimientos de mi existencia palidecen. La significación de lo más brillante y atractivo, se me presenta en su torpe realidad; la verdadera causa del amor hasta llegó á sustraerme de las poéticas ternuras.

»Nos engañan estúpidas y agradables ilusiones que se renuevan sin cesar.

»Envejeciendo, me había resignado á la horrible miseria de las cosas, á lo vano de todo esfuerzo, á lo inútil que resulta siempre la esperanza: cuando una luz nueva inundó el vacío de mi vida esta noche, después de comer.

»¡Antes yo era feliz! Todo me alegraba, las mujeres al pasar, las calles, mi vivienda; y hasta la hechura de mis ropas constituía para mí una preocupación agradable. Pero las mismas ideas,

los mismos actos repetidos, monótonos, acabaron por sumergir mi alma en una laxitud espantosa.

»Todos los días, á la misma hora, durante treinta años, me levanté de la cama; y todos los días, en el mismo restaurant, durante treinta años, á las mismas horas, me servían los mismos platos mozos diferentes.

»Me propuse viajar. El aislamiento que sentimos en ciudades nuevas, en residencias desconocidas, me asustó. Sentíme tan abandonado sobre la tierra, tan insignificante, que volví á tomar el camino de mi casa.

»Y entonces, la inmutable fisonomía de los muebles, fijos en el mismo lugar durante treinta años, las rozaduras de mis sillones, que yo conocí nuevos, el olor de mi casa (cada casa que habitamos, con el tiempo, adquiere un olor especial) acabaron produciéndome náuseas y la negra melancolía de vivir mecánicamente.

»Todo se repite sin cesar y de un modo lamentable. Hasta la manera de introducir—al volver cada noche—la llave en la cerradura; el sitio donde siempre dejo las cerillas; la mirada que al entrar esparzo en torno de mi habitación, mientras el

fósforo se inflama. Y todo me provoca—para verme libre de una existencia tan ruin—á tirarme por el balcón.

»Mientras me afeito, cada mañana me seduce la idea de degollarme; y mi rostro, el mismo siempre, que se refleja en el espejo con las mejillas cubiertas de jabón, muchas veces me hizo llorar de tristeza.

»Ni siquiera me complace tropezar con personas á las cuales veía con gusto hace tiempo; las conozco tanto, que adivino lo que me dirán y lo que les diré; á fuerza de razonar con los mismos descubrimos la ilación de sus ideas. Cada cerebro es como un circo donde un pobre caballo da vueltas. Por mucho que nos empeñemos en buscar otros caminos, por muchas cabriolas que hagamos, la pista no varía de forma, ni ofrece lances imprevistos ni abre puertas ignoradas. Hay que dar vueltas y más vueltas, pasando siempre por las mismas reflexiones, por los mismos chistes, por las mismas costumbres, por las mismas creencias, por los mismos desencantos.

»Al retirarme hoy á mi casa, una insistente niebla invadía el bulevar, obscureciendo los faroles de

gas que parecían candilejas. Pesaba el ambiente húmedo sobre mis hombros como una carga.

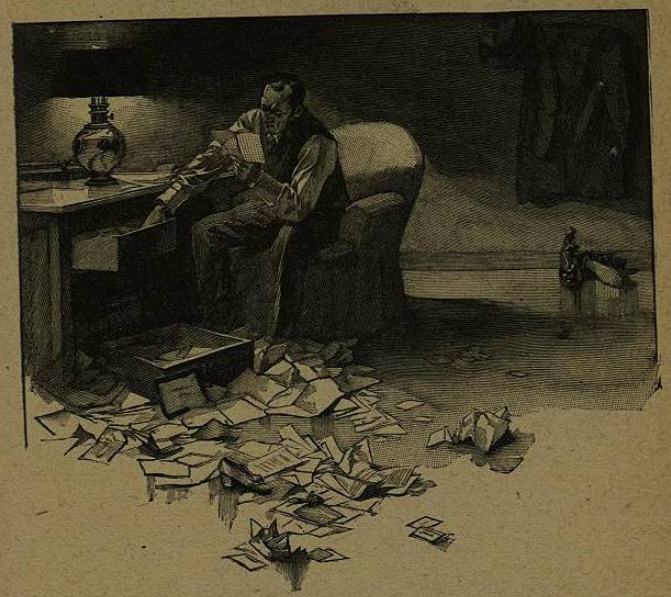
Seguramente hago una digestión difícil.

»Y una buena digestión, lo es todo en la vida. Ofrece inspiraciones al artista, deseos á los jóvenes enamorados, luminosas ideas á los pensadores, alegría de vivir á todo el mundo, y permite comer con abundancia (lo cual es también una dicha). Un estómago enfermo, conduce al escepticismo, á la incredulidad, engendra sueños terribles y ansias de muerte. Lo he notado con frecuencia. Es posible que no me matara esta noche, haciendo una buena digestión.

»Después de haberme acomodado en el sillón donde me siento hace treinta años todos los días, miré alrededor creyéndome víctima de un desaliento espantoso.

»¿De qué medio valerme para escapar á mi razón macilenta, más horrible aún que la desordenada locura? Cualquier empleo, cualquier trabajo, me parece más odioso que la inacción en que vivo. Quise poner en orden mis papeles.

»Hacía tiempo que deseaba registrar los cajones de mi escritorio, porque durante los treinta últimos



años había metido allí, al azar, las cartas y las cuentas. Aquel desorden llegó á preocuparme algunas veces; pero me sobrecoge una fatiga tal, en cuanto me propongo un trabajo metódico y ordenado, que nunca me atreví á empezar.

»Esta noche me senté junto á mi escritorio y abrí, resuelto á reservar algunos papeles y romper la mayor parte.

»Quedéme al pronto pensativo, ante aquel haci-

namiento de hojas amarillentas; luego cogí una.

»¡Oh! Si apreciáis en algo vuestra vida, no toquéis jamás á las cartas viejas que guardan los cajones de vuestro escritorio. Y si no podéis resistir la tentación de abrirlos, coged á granel, con los ojos cerrados, los paquetes de cartas para tirarlos al fuego; no leáis ni una sola frase, porque sólo ver la escritura olvidada y de pronto reconocida, os lanza en un océano de recuerdos; quemad esos papeles que matan; cuando estén hechos pavesas, pisoteadlos para convertirlos en impalpables cenizas... Y si no lo hacéis así, os anonadarán como acaban de anonadarme y destruirme.

»¡Ah! Las primeras cartas no me han interesado; eran de fechas recientes y de personas que viven y á las que veo, sin gusto, con alguna frecuencia. Pero de pronto, la vista de un sobre me ha estremecido. Al reconocer los rasgos de la escritura se han cubierto mis ojos de lágrimas. Era la letra de mi mejor amigo, del compañero de mi juventud, del confidente de mis esperanzas. Y, se me apareció tan claramente, con su bondadosa sonrisa, tendiéndome las manos, que sentí un escalofrío penetrante; hasta mis huesos vibraron. Sí; sí; los

muertos vuelven. ¡Lo he visto! Nuestra memoria es un mundo más acabado aún que el universo; ¡puede hacer vivir hasta lo que no existe!

»Con la mano temblorosa y los ojos turbios, recorrí toda su carta, y en mi pobre corazón angustiado, he sentido un desgarramiento espantoso. Mis lamentaciones eran tan lastimosas como si me hubiesen magullado las carnes.

»Así he ido remontándome á través de mi vida, como remontamos un río, luchando contra la corriente. Aparecieron personas olvidadas, cuyos nombres no puedo recordar; pero su rostro sí, lo recuerdo. En las cartas de mi madre, resucitan criados antiguos, el aspecto de nuestra casa y mil detalles nimios que una inteligencia infantil recoge.

»Sí; he visto de pronto, los vestidos que usó en distintas épocas mi madre, y según la moda, y según el tocado, mostraba una fisonomía diferente. Sobre todo, me obsesionaba con un traje de seda rameado, y recuerdo que un día, llevando aquel traje, me amonestó dulcemente: «Roberto, hijo mío, si no procuras erguirte un poco, serás jorobado toda tu vida.»

»Luego, al abrir otro cajón, aparecieron las

prendas marchitas de mis amores: un zapatito de baile, un pañuelo desgarrado, una liga de seda, trencitas de pelo, flores... Y las novelas de mi vida sentimental me sumergieron más en la triste melancolía de lo que no vuelve. ¡Ah! ¡Las frentes juveniles orladas con rubios cabellos, las manos acariciadoras, los ojos insinuantes, la sonrisa que promete un beso, el beso que asegura un paraíso!... Y ¡el primer beso!... Aquel beso delicioso, interminable, que ofusca la mirada, que abate la imaginación, que nos posee y nos glorifica, ofreciéndonos á la vez un goce ideal y la promesa de otros goces deseados.

»Cogiendo con ambas manos aquellas prendas tristes de lejanas ternuras, las cubrí de caricias furiosas, y en mi corazón desolado por los recuerdos, sentía resonar cada hora de abandono, sufriendo un suplicio más cruel que las monstruosas leyendas infernales. ¡Ah! ¡Por qué las abandoné, ó por qué me abandonaron!

«Quedaba por ver una carta, que tenía medio siglo de fecha. Me la dictó el maestro de escritura:

«Mamita de mi alma: Hoy cumplo siete años. A

esta edad, ya se discurre; ya sé lo que te debo. Te juro emplear bien la vida que me has dado.

»Tu hijo que te adora,

ROBERTO»

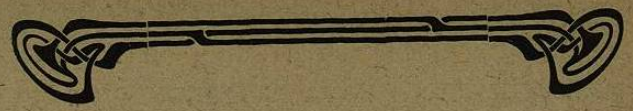
»Me había remontado hasta el origen. El recuerdo era desconsolador. ¿Y el porvenir? Quise

profundizar en lo que me faltaba de vida, y se me apareció la vejez espantosa y solitaria, con su cortejo de achaques y dolencias... ¡Todo acabado para mí! ¡Nadie junto á mí!

»El revolver está sobre la mesa... Es tentador...

»¡No leáis nunca las cartas de otros tiempos! ¡No recordéis viejas memorias...!»

Así es como se matan muchos hombres en cuya plácida existencia no hallamos el verdadero motivo de su fatal resolución.



CONDECORADO

HAY personas que nacen con un instinto, una vocación, ó sencillamente un deseo especial que despierta en cuanto principian á balbucir y á pensar.

El señor Sacrement desde su infancia tuvo una idea fija: ser condecorado. Muy niño aún, prefería siempre á los quepis, á los fusiles y espadas, las cruces de la Legión de Honor, hechas de plomo: y saludando á su mamá como un *caballero*, arqueaba mucho el pecho para lucir el colgajo.

No bastándole su aplicación—ó su inteligencia—para conseguir el título de bachiller y queriendo emplear en algo su vida, siendo rico, pudo casarse con una hermosa muchacha.

Vivían en París como burgueses distinguidos, pero sin trato social, orgullosos de conocer á un

diputado, á su entender futuro ministro, y á dos ó tres jefes de sección.

Pero, la idea fija que Sacrement concibió en su infancia, no le abandonaba, y sentíase humillado no pudiendo lucir en el ojal de su levita el menudo lazo rojo.

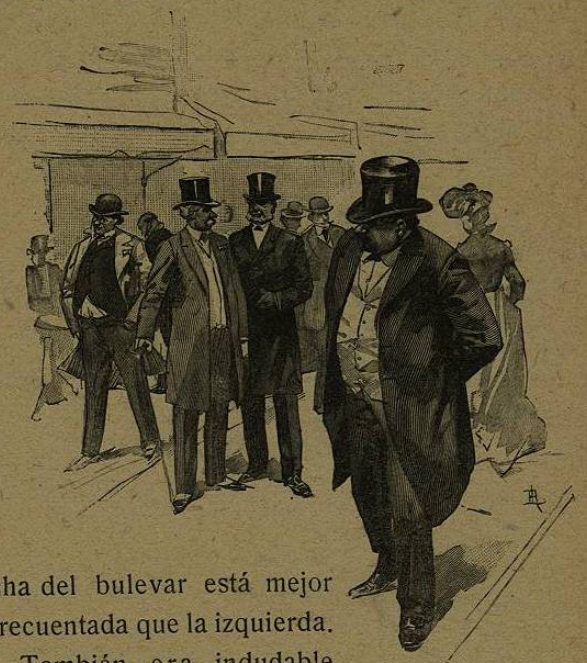
Los caballeros condecorados que se cruzaban con Sacrement en el bulevar, le angustiaban. Al mirar sus ojales adornados, le roía un desasosiego celoso. Algunas tardes, mientras paseaba sus constantes ocios: «A ver cuántos encuentro desde la Magdalena hasta la calle Drouot», se decía.

Despacio, inspeccionaba todos los pechos con ojos perspicaces, muy acostumbrados á descubrir la cinta roja desde lejos. Llegando al fin de su camino, se asombraba siempre de las cifras: «¡Nueve oficiales y diez y seis caballeros! ¡Me resultan muchos! ¡Prodigan estúpidamente las condecoraciones! A ver cuántos encuentro ahora.»

Y volvía lentamente, desesperándose cuando una muchedumbre apresurada interrumpía su minuciosa investigación, haciéndole tal vez pasar alguno por alto.

Sabía en qué barrios abundan más. En Palais-

Royal, son frecuentes. En la avenida de la Opera no hay tantos como en la calle de la Paz. La dere-



cha del bulevar está mejor frecuentada que la izquierda.

También era indudable que los condecorados preferían ciertos cafés y ciertos espectáculos. Cuando el señor Sacrement veía un grupo de señores de cierta edad, parados en las aceras, interrumpiendo el paso, imaginaba: «Son oficiales de la Legión de Honor».

Y lanzábase al arroyo con deseo de saludarles.

Los oficiales (había hecho esta observación mil veces) tienen otro porte que los sencillos caballeros; yerguen la cabeza de un modo particular. A la legua se nota que su categoría es muy diferente, que disfrutan de una consideración más elevada.

En algunas ocasiones también le acometía el furor contra todos los condecorados, manifestando una especie de odio socialista.

Y al volver á su casa, rabioso de haberse tropezado con tantísimo cintajo—como lo estaría un hambriento después de pasar frente á las vitrinas llenas de manjares—decía descomponiéndose de gesto y de voz: «¿Cuándo nos veremos libres de un gobierno tan cochino?»

Su mujer, sorprendida, le preguntaba: «¿Qué te sucede?»

Y él respondía: «Me sucede, que ya estoy harto de ver tanta injusticia. ¡Oh, cuánta razón tenían los comuneros!

Después de comer, salía... y se paraba, contemplando las cruces en los escaparates de los comercios. Detenidamente, iba examinando todos aquellos emblemas de formas distintas y variados colores. Hubiera querido tenerlas todas y, en una ceremonia pública, en un salón inmenso, ante una muchedumbre maravillada, lucirlas á la cabeza de un cortejo prendidas todas en los delanteros de una casaca, resplandeciendo como una estrella entre los rumores de admiración y respeto.

Pero ¡ay! ¡No tenía un miserable título que le hiciese acreedor á ser condecorado!

Meditaba: «La Legión de Honor es muy difícil de conseguir para un hombre que no desempeña cargos públicos. ¿Y si me propusiera obtener las Palmas académicas?»

No sabiendo cómo intentarlo, confió á su mujer aquellos proyectos. Al oirle, quedóse la señora estupefacta.

—¿Oficial de Academia, tú?... ¿Qué méritos hiciste?

El se descompuso:

—¡Precisamente! Quiero saber qué méritos he de hacer para lograrlo. Antes de contestar, reflexiona lo que te dicen. Hay momentos en que pareces una estúpida.

Ella sonrió:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Es verdad. Pero ignoro eso que tú no sabes tampoco.

El llevaba su propósito:

—Si lo preguntases al diputado Rosselin, acaso nos diese una idea luminosa. Comprenderás que no sería decoroso en mí abordar esas conversaciones. En cambio, una mujer puede preguntarlo todo; nadie lo extraña.

La señora cumplió el encargo. El diputado Rosselin prometió recomendar el asunto al ministro. Y como el señor Sacrement no le dejaba en paz, el diputado Rosselin, harto de soportar sus impertinencias, le dijo que hiciera una instancia enumerando sus méritos.

¿Qué méritos? Era preciso justificar algunos.

Y preparó un folleto acerca del *Derecho del pueblo á ser instruído*. No lo pudo acabar por falta de conocimientos.

Buscó asuntos más fáciles, intentando sucesivamente dos ó tres. El primero: *Instrucción de los niños por la simple vista*. Proponía que se fundaran en los barrios pobres una especie de teatros gratuitos para las criaturas. Los padres los acompañarían desde la más tierna edad, y valiéndose de

proyecciones de linterna mágica, se les facilitarían las nociones de todos los conocimientos humanos. Los ojos, instruyendo al cerebro, fijarían las imágenes en la memoria.

¿No sería bien sencillo enseñar así la Historia, la Geografía, la Botánica, la Física, la Zoología, la Anatomía, etc., etc.?

Hizo imprimir el folleto y envió un ejemplar á cada diputado, diez á cada ministro, cincuenta al presidente de la República, diez á los diarios de París y cinco á los de provincias.

En otro estudio, trató de las *Bibliotecas ambulantes*, proponiendo al Estado la fundación de un servicio á domicilio, hecho en carros muy semejantes á los que llevan los verduleros y fruteros.

Cada ciudadano tendría derecho á que le sirvieran para su lectura diez volúmenes mensuales, pagándo cinco céntimos nada más.

«El pueblo—decía el señor Sacrement—sólo se molesta para sus placeres. Puesto que no busca la instrucción, la instrucción ha de ir á buscarle.»

Nadie se ocupó de sus opúsculos. Pero el autor, hizo su instancia y le contestaron diciendo que se tomaría nota y se instruiría el expediente.

Aguardó creyéndolo cosa hecha...

Nada le comunicaban.

Decidióse á presentarse y solicitó audiencia del ministro de Instrucción pública. Fué recibido por un oficial de secretaría, el cual auguró al solicitante que su pretensión era bien acogida y que la fortaleciese con estudios nuevos y nuevas publicaciones.

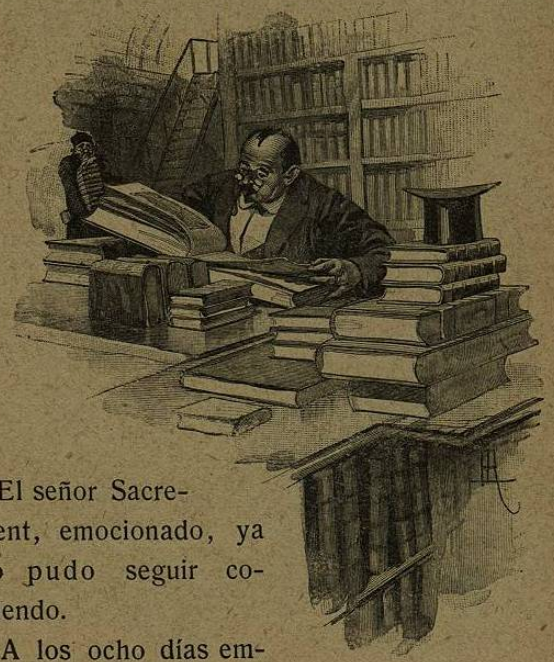
Así lo hizo el señor Sacrement.

Al mismo tiempo, el diputado Rosselin—que por lo visto iba interesándose ya por su gloria—le dió algunos consejos prácticos y excelentes. También él estaba condecorado, lucía en el ojal un lacito rojo, sin haberse dado cuenta de los motivos que determinaron una distinción tan apetecida.

El diputado Rosselin, frecuentando mucho la casa del señor Sacrement, le indicó estudios nuevos, le presentó en sociedades especialmente consagradas á dilucidar obscuros problemas científicos para obtener honoríficas recompensas. Hasta en el ministerio lo apadrinó.

Y un día que almorzaba con el matrimonio (lo cual era ya frecuente), dijo el diputado Rosselin al señor Sacrement, estrechándole una mano:

—He conseguido para usted algo de mucha importancia. El Comité de trabajos históricos le comisiona para que busque documentos relativos á un asunto en varias bibliotecas de Francia.



El señor Sacrement, emocionado, ya no pudo seguir comiendo.

A los ocho días emprendió su viaje.

Fué de ciudad en ciudad estudiando los catálogos, rebuscando en los desvanes de las bibliotecas

atestados de librotes polvorientos, víctima de la odiosidad de los bibliotecarios.

Pero, hallándose en Ruen una noche, sintió de pronto ansias de acariciar á su mujer, y tomó el tren de las nueve, que le permitiría llegar antes del amanecer á su casa.

Llevaba una llave de la puerta. Entró con sigilo, estremeciéndose de placer, gozoso de la sorpresa que preparaba. Su mujer se había cerrado por dentro en su alcoba. ¡Qué fastidio!

Entonces el señor Sacrement gritó, golpeando la puerta:

—¡Yo soy! ¡Juana!

Ella debió sentir una impresión muy terrible, porque la oyó saltar de la cama y hablar en alta voz como cuando se padece una pesadilla. Luego, entró en su tocador, abriéndolo y cerrándolo precipitadamente, hizo muchas evoluciones por el cuarto, yendo y viniendo con los pies desnudos.

Al fin, preguntó:

—¿De veras eres tú, Alejandro?

—Sí, mujer; yo soy, ¡abre!

Abrióse la puerta y la mujer se arrojó en brazos del marido, balbuceando:

—¡Ah! ¡Qué miedo! ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría!

El señor Sacrement, como de costumbre, comenzó á desnudarse metódicamente.

Luego, descubrió sobre una silla el abrigo, que solía dejar en el perchero, y cogiéndolo, se quedó asombrado al ver lucir una cinta roja en el ojal de la solapa.

Tartamudeó:

—Este... este... este abrigo... ¡está... condecorado!

Su mujer, de un brinco, lanzóse hacia él queriéndole quitar de las manos aquella prenda:

—No; deja; te equivocas... Dámelo.

Pero el señor Sacrement, teniéndolo bien agarrado, como un loco, repetía:

—¿Por qué? ¿por qué? Tú lo sabes; ¿qué abrigo es éste? No es el mío, puesto que lleva la cinta de la Legión de Honor.

Ella procuraba por todos los medios arrancárselo, descompuesta y turbada:

—Oyeme... Atiéndeme... Déjalo... No me hagas hablar... Es un secreto... Un secreto...

Él, incomodándose, palidecía:

—¡Necesito saber qué hace aquí ese abrigo, que no es el mío!

La mujer, entonces, le dijo al oído:

—Sí... Calla... júrame ser prudente... Escucha... ¡Sí!... ¡estás condecorado!

Sacudióle de tal modo su emoción que, soltando el abrigo, fué á desplomarse sobre un sofá.

—Que yo estoy... ¿Dices que... me han condecorado?

—Sí... Es un secreto... Un secreto...

Entretanto, guardaba el abrigo en un armario, bajo llave, y volviendo hacia su marido, temblorosa y pálida, prosiguió:

—Sí; es un abrigo que te mandé hacer para sorprenderte. Pero había jurado no decirte nada. Tu nombramiento no será oficial hasta que pase un mes ó mes y medio, cuando termines tu comisión histórica. No debía decírtelo hasta entonces. El diputado Rosselin ha obtenido para ti ese honor.

El señor Sacrement, desfallecido, balbució:

—Rosselin... Rosselin... Condecorado... Me ha condecorado... A mí... él... ¡Ah!

Tuvo que beber agua para calmarse.

Una tarjeta yacía en el suelo. El señor Sacrement la recogió, leyendo en ella: *Rosselin-Diputado.*

—¡Lo estás viendo! ¡Inocente!—dijo la mujer.